

POSTAL

«Cree y ora»; dicen los sacerdotes de la fé, que todavía predicán un ideal de ultratumba.

«Piensa y trabaja»: dicen los maestros de la ciencia, que han libertado de ilusiones á la razón, para encarnarla en la realidad de la vida.

Escoge.

Nicolás Salmerón.

REBELDIAS (1)

Educar al pueblo de forma que constituya una fuerza suficiente para la regeneración del país, no es labor de poco momento.

Entre la mansedumbre de la manada de borregos y la epilepsia rabiosa de un pueblo degenerado y sin consistencia en sus rebeldías justificadas, hay un término medio, en el que se colocan instintivamente las colectividades que han llegado á la plenitud de su razón.

Para los esclavos no hay más que un medio de redención: la rebeldía á todo trance.

Para los hombres que en la vida civilizada ocupan un grado inferior entre las clases sociales, por efecto de la explotación política y económica, base de todo régimen vigente, la rebeldía viene naturalmente condicionada por las necesidades de la táctica y por las conveniencias de mancomunar el esfuerzo para no realizar sacrificios estériles, de los que no pueda sacarse siquiera un mínimum de utilidad colectiva y social.

El progreso del derecho y la conquista lenta y paulatina de la justicia proporcionan á cada individuo en la sociedad una esfera de acción propia. El conjunto de iniciativas individuales coincidentes, de las aspiraciones comunes, constituyen un postulado de doctrinas que se convierten en programa. Y así surgen los partidos que influyen en la vida de los pueblos.

Cuanto más educados é instruidos son los partidos, mayor su número, más consistente su cohesión, más arraigadas sus convicciones, más se abrevia su camino, más pronto llegan á las cimas en que apoderados de la gobernación del Estado, pueden realizar sus ideales de transformación, de mejora, de progreso moral y material.

Los pueblos esclavos; como los partidos que se forman con esclavos, serán conquistadores, pero creadores, civilizadores, jamás.

Abred la Historia por cualquier parte y veréis sucederse los ejemplos de unos en otros capítulos.

Cuando el pueblo francés, epiléptico de patriotismo, se enamoró de las glorias militares y se entregó á Napoleon, la li-

bertad se eclipsó, cayó la república y volvió la monarquía.

Y quiero decir con todo esto que una cosa es la disciplina y otra muy diferente el servilismo.

* * *

Somos un pobre pueblo en el cual la tiranía teocrática de tres siglos mortales, casi atrofió la facultad de pensar por su propia cuenta.

La pereza muscular de nuestra raza, apenas combatida de otra manera que con el látigo del amo ó con el azote del harabre, alcanzó también al cerebro, y la pereza intelectual española llegó á tener una frase sintética, que se desplomó desde lo alto sobre nuestras Universidades á comienzos del siglo XIX: «lejos de nosotros la funesta manía de pensar.»

A lo sumo, nos rueda el pensamiento en la cabeza como las ardillas en su jaula giratoria. Sin avanzar, sin deducir, sin inducir, sin crear.

Nos vestimos por dentro como por fuera, á la última moda, pero jamás inventamos moda alguna.

En vano la ciencia traspasa las fronteras y nos trae acopio de materiales para trabajar por nuestra cuenta. Tomamos lo que nos traen, como nos lo traen y así lo usamos. Hasta que llega una nueva remesa.

Casi no contribuimos, fuera de casos muy poco frecuentes, al acerbo común, al caudal de ciencia que van legándose, aumentando, unas á otras las generaciones humanas.

¿Quién piensa aquí con su cerebro?

Afortunados mortales dignos de la inmortalidad, someted á vuestros hijos á la gimnasia intelectual que elabora ideas y educadles la voluntad, para que en el porvenir haya españoles que piensen y quieran, porque nosotros no pensamos ni queremos sino lo que quieren y piensan nuestros amos.

Vosotros, vuestros amos, monárquicos, doctrinarios, teocráticos; nosotros, nuestros amos democráticos, racionalistas, positivistas, socialistas ó anarquistas.

Si analizásemos las causas de que algunos sesudos personajes tengan biblioteca y de que muchos ciudadanos lean periódicos ¡que descubrimiento!

Sorprended á la mayoría de los políticos en calzoncillos y zapatillas, preguntadles su opinión sobre tal suceso acaecido mientras dormían y si os dicen tanto así que tenga sentido común, colocadles en la escala de vuestra consideración tan altos como los cuernos de la luna. Porque la mayoría ó no dirán si son listos ó dirán sandeces si son indiscretos y habladores.

Aquí ningún político piensa nada hasta que lee el periódico de su partido y oye la opinión de su jefe.

Después de leer y oír, trazados que tenga los límites de la ortodoxia del día dejadles hablar. Y huid, si podéis, muy lejos donde no pueda alcanzarnos la inundación de su verborrea...

Y quiero decir con esto que una cosa es la comunidad de las ideas en los partidos lo que supone la existencia de ideas semejantes en todos los partidarios, y otra cosa muy diferente la abdicación del derecho de pensar por cuenta propia.

* * *

Delante de la manada va el castrón con su cencerro. Detrás el pastor con su cayado. Y en medio las ovejas que no saben á donde van.

Cuando la humanidad no sea rebaño multitud de rebaños, no habrá castrón, ni cencerro, ni pastor, ni cayado.

Pero entre tanto ¿no podríamos intentar ser un poco menos ovejas?

Yo creo de buena fé que el animal humano ha llegado en su evolución á un momento crítico. Como individuo aislado tiran de él hacia la bestia todo los atavismos. Como ser social, le arrastran todos los progresos hacia el hombre. Y á veces atavismos y progresos riñen fieras batallas en la conciencia del mísero animal.

Vosotros, *hombres*, ¿por qué no le ayudáis en esos trances, para aumentar la familia racional?

Es fatal la tendencia de nuestro pueblo á tener un amo y hay que curarla de ello.

Este atavismo se disfraza á veces de admiración, de idolatría, pero en el fondo no es sino residuo de animalidad que se reconoce impotente para la iniciativa busca una voluntad que funcione sustituyendo á la suya embrionaria.

En los partidos políticos, en los populares, sobre todo, la irresolución, la pasividad, la inercia (aspectos de la ausencia de voluntad) se llaman obediencia á jefe, disciplina, lealtad.

Y el pobre jefe llega á ser de este modo nuestra conciencia, nuestro cerebro nuestra voluntad.

Cuando nos parece que no lo hace bien suele ser con frecuencia la cabeza de turco de nuestras iras irracionales.

Y quiero decir con esto que una cosa es allanarse á la dirección suprema del mejor y otra muy diferente renunciar á toda actividad, abdicar de nuestro derecho tener iniciativas armónicas con el pensamiento directriz y colaborantes en la obra común.

* * *

No es cosa baladí, ni labor de poco momento educar al pueblo de forma que cada uno de sus hombres se convierta en ciudadano y cada ciudadano en director de sí mismo, concurrendo con su entendimiento libre y su voluntad libérrima su acción individual á la obra gigante de la regeneración de la raza y del país.

Pero nosotros tenemos el deber, circunscribiéndonos á lo posible en relación á la fuerza y los medios de que disponemos, de hacer que el partido republicano por la educación cívica y política de sus partidarios, se coloque en el justo medio entre la esclavitud resignada y la rebeldía epiléptica.

Que no se entienda por disciplina el ser